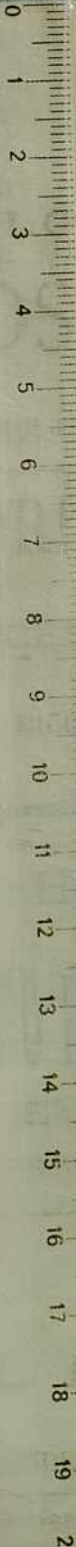


46



BIBLIOTECA
GR
Sala: _____
Estante: _____
Número: _____



S SIETE

DE ÉCIJA

NOVELA DE
FERNANDEZ Y GONZALEZ

UNIVERSAL

CON EL PLAN DE
AR CANTÚ

POR
MÁS MARIA SERRANO

cuaderno de 64 páginas

STORIA

DEL

PUBLICANO EN EUROPA

LIO CASTELAR

semanales, á medio real la entrega en

UISA

Ó EL

E REDENCION

CUENTO POR
ERNANDEZ Y GONZALEZ.

le Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 19.

7 400 40

Saf

MOCEDADES DE PULGAR.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

Don Juan de Ariza.



MADRID:
IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

—
1847.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

090 (46)

LOS SIETE

NINOS DE ÉCIJA

NOVELA DE

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

HISTORIA UNIVERSAL

SEGUN EL PLAN DE

CÉSAR CANTÚ

POR

DON NICOLÁS MARÍA SERRANO

—
Dos reales cuaderno de 64 páginas

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO EN EUROPA

POR EMILIO CASTELAR

Se publica por cuadernos semanales, á medio real la entrega en toda España.

LUISA

Ó EL

ÁNGEL DE REDENCION

CUENTO POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRID. 1877.—Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

MOCEDADES DE PULGAR.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

Don Juan de Ariza.



MADRID:
IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

1847.

PERSONAS.

RODRIGO PEREZ DEL PULGAR.

HERNAN, *su hijo.*

DOÑA INES DE OSORIO, *prima de Hernan.*

DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON, *maestre de Calatrava.*

BRIGIDA, *dueña.*

NUÑO.

FORTUN. } *Escuderos.*

La escena en Ciudad-Real, en 1475.



Don Manuel Delgado, editor de la Galeria Dramática, se encarga de la recaudacion de los derechos de representacion de esta comedia, perteneciente á la empresa de Talia, y perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello la autorizacion competente, segun previenen las Reales órdenes relativas á la propiedad de obras dramáticas.

SEÑOR DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Osado soy , querido Tomas, dedicándote mi pobre drama, y la razon es muy sencilla. Al que escribe comedias admirables dedicársele deben obras de un mérito reconocido, y la mia, que mérito no tiene, no es por tanto digna de ti. Esta razon, que yo mismo doy, hubiera debido retraerme, pero por suerte mia y tu desgracia tengo dos razones en pro. Es la primera, que tu amistad hallará bellezas en los defectos de un amigo; y la segunda, que estampando tu nombre aquí tendrán mis lectores una línea para todos muy agradable.

Poco vale el don de mi obra, pero unido á él encontrarás el tierno afecto de tu amigo

Juan de Ariza.

SEÑOR DON TOMÁS RODRÍGUEZ RIVERA

Donde sea por el presente, se le hace saber que por el presente y la razón es muy sencilla. El que es este comercio administrado de esta forma, que de un modo reconocido, y la que que nadie no tiene, no es por tanto buena de la. Esta razón, que yo mismo voy, después de haberlo observado, pero por el momento y la forma de la razón es que es la primera, que la misma halla de los los defectos de mi cargo; y la segunda, que el modo de haberse que tendrían que tener una de las partes para poder ser aceptable.

Lo que vale el don de mi cargo, pero tanto a él como a la parte que tiene efecto de la causa.

En este día de...

Acto primero.

Salon adornado con trofeos de armas y armaduras, y muebles de nogal tallado. A la derecha del actor, y en primer término, un balcon practicable; en segundo término una puerta que corresponde á las habitaciones de Doña Inés: á la izquierda una puerta que dá paso á las habitaciones de Rodrigo: otra puerta en el fondo.—Es de noche.

ESGENA PRIMERA.

RODRIGO y HERNAN armado.

- HERNAN. Aquí me teneis, señor.
RODRIGO. Bien, hijo mio: y armado.
¡Qué hermoso estás de soldado!
¡Qué magestad!
- HERNAN. Si el valor
de mi padre y mis abuelos,
que un lema orgulloso abona,
se hereda, con mi tizona
á mil bravos daré celos.
- RODRIGO. A caballo monta, Hernan,
y cumple mis esperanzas.
¿Prontas están las cien lanzas?
- HERNAN. Señor, dispuestas están.
Vuestras órdenes cumpli
sin escusas, desde luego.—
Por último vez os ruego

- que no me alejeis de aquí.
RODRIGO. ¡Vacilas!
HERNAN. Súplica tal,
 y á Dios pongo por testigo,
 no es de miedo: el enemigo
 viene sobre Ciudad-Real.
 Pocos son sus defensores,
 estenso y frágil el muro...
 dejadme aquí. Por Dios juro
 que abrigo graves temores.
- RODRIGO.** Frágiles los muros son,
 pero, aunque queden deshechos,
 se estrellará en nuestros pechos
 la falange de Giron.
- HERNAN.** Y á estos pocos defensores,
 marchando Pulgar delante,
 sangre les queda bastante
 para ahogar á los traidores.
- HERNAN.** ¡Guay del que abriera una herida
 por dó tu sangre brotára!
- RODRIGO.** Hernando...
HERNAN. ¡Sí; me pagára
 por cada gota una vida!
 Déjame aquí.
- RODRIGO.** El portugués
 con desplegadas banderas
 traspasa nuestras fronteras.
- HERNAN.** Lo combatiré despues.
- RODRIGO.** Doña Isabel y Fernando
 alzan en ricos pendones
 los castillos y leones.
- HERNAN.** Aquí defendiendo su bando.
- RODRIGO.** Esta ciudad conquistada
 no es cuestion de muerte ó vida;
 y una batalla perdida
 ó una batalla ganada
 puede dar cetro y dosél,
 del reino en daño ó abono,
 colocando sobre el trono
 á Juana ó Doña Isabel.
 Al frente de mis guerreros
 cual cumple á tu sangre lidia:

sé el espejo, sé la envidia
de los mas nobles y fieros.
Yo cuidaré de esta tierra,
y verás como rechazo
á Giron; tú de tu brazo
prueba lo fuerte en la guerra.
Señor...

HERNAN.

RODRIGO.

Que propios y agenos
teman tu marcial alarde.

HERNAN.

RODRIGO.

HERNAN.

RODRIGO.

¿Tú lo quieres?

Sí; y es tarde.

Bendíceme por lo menos. (*Arrodillándose.*)

Antes un recuerdo escucha,
y guárdalo en la memoria,
de tu nobleza es la historia,
y te animará en la lucha.
Un guerrero es tu blason
armado de punta en blanco,
que empuja atrevido y franco
con su espada un torreón.

Y por orla esta leyenda:

«*El Pulgar quebrar y no
doblar:*» Quien tal heredó
á bien conservarlo atienda.

Corre á la hueste: leal
sirve á Isabel, buen soldado,
que Castilla está de un lado
y del otro Portugal.

Esgrime tu limpio acero
por tu patria y por tu ley.—
¡Oh! ¡Quién fuera, Hernando, rey
para armarte caballero!

HERNAN.

RODRIGO.

Hidalgo es mi corazón;
de caballero mi brio.—

Tu bendicion, padre mio,

Recibe mi bendicion.

(*Lo bendice y entra en su aposento enternecido.*)

ESCENA II.

HERNAN se levanta, y al ir á marcharse se encuentra con Doña INÉS que sale de su estancia.

DOÑA INES. ¿Te vas, Hernando?

HERNAN. Sí, Inés,

parto: conviene á mi fama;
bélica trompa me llama
y me espera el portugués.

DOÑA INES. ¡Te vas!

HERNAN. Sí, prima: y despues

que los sangrientos despojos
dén pábulo á mis enojos,
si por desgracia ó por suerte
no hallo en el campo la muerte,
otra vez veré tus ojos.

DOÑA INES. Muy triste y pálido, Hernan,
te encuentro en la despedida,
¿sientes tu pronta partida?

HERNAN. No: ¿puede causarme afan
montar fogoso alazan,
tordo velóz, recio overo;
blandir toledano acero,
bañarlo en sangre caliente,
y despues ceñir mi frente
con el laurel del guerrero?
Me presentaré en campaña
como cumple á un paladin,
y al ronco son del clarín
crecerá mi arrojo y saña.
Bélico ardor no me engaña:
rudos combates deseo,
porque en los combates veo
siempre el lauro, la victoria,
y la diadema de gloria
que de antemano me creo.
¿Y quién pudiera lidiar
contra el portugués, y el bando
rebelde mas que yo?

DOÑA INES.

Hernando.

HERNAN. ¿Mas que un Perez del Pulgar?
Hasta un laurel conquistar
blandiré la dura lanza
con indomable pujanza;
y mucho será mi brio,
porque late el pecho mio
con una dulce esperanza.

DOÑA INES. ¿Esperas?

HERNAN. Quiero traer
tinta en sangre la tizona,
y una fragante corona
ante las plantas poner...

DOÑA INES. ¿Alguna hermosa muger
te presta tanto ardimiento?
Entrecortado es tu aliento;
tus ojos arrojan llamas...
¡Oh! no tengo duda, amas.

HERNAN. ¡Amar yo!

DOÑA INES. Ese fingimiento
no debes usar conmigo.
Tus miradas, tu ademan,
cómo te venden, Hernan,
y confirman cuanto digo.
Sin esperarlo, testigo
de tu muda confesion
soy; ya ves que con razon
por el dendo y por lo dama
debo saber á quien ama
ese marcial corazon.
Y no temas que revele,
por lo muger, tu secreto;
guardarlo siempre prometo.

HERNAN. ¡Inés!

DOÑA INES. Si mucho te duele,
permíteme que consuele
la afliccion que te lastima.
Los filos del dolor lima,
con dulce y mágico arte,
quien toma en el dolor parte:
y yo en tus dolores...

HERNAN. ¡Prima!

En un tiempo niño fui,

y hallé los primeros lazos
 de amor en los tiernos brazos
 de una madre que perdí.
 Rápidamente crecí
 alegre, robusto, vivo:
 de alma indómita y altivo,
 el mundo juzgaba estrecho,
 y el corazón en mi pecho
 se contemplaba cautivo.
 Rey me juzgué de la tierra
 y, sobre un potro de raza,
 en busca de montes caza
 corrí del llano á la sierra.
 Suspirando por la guerra,
 y al riesgo siempre propicio,
 al borde del precipicio
 corrí con solemne calma;
 estasiándose mi alma
 en el marcial ejercicio.
 Al jabali la carrera
 corté con ánimo audáz,
 y nunca volví la faz
 de hombre enemigo ó de fiera.
 En mi juventud primera
 tosca ballesta doblé:
 cuanto pretendí logré,
 incansable en mi porfía...
 ¡Ay! murió la madre mía
 y como un niño lloré.
 Lloré; ¡con cuánta razón,
 viendo tan tristes despojos,
 lágrimas brotan los ojos
 que suben del corazón!

DOÑA INES.
 HERNAN.

Tu compasión
 mi alma turbada serena:
 se mitigó aquella pena,
 y entonces, Inés, por cierto
 en este jardín desierto
 brotó una hermosa azucena.
 Tu padre murió también.

DOÑA INES. ¡Ay! Mi llanto le tributo.

HERNAN. Y en negro trage de luto
aquí llegaste.

DOÑA INES. Si.

HERNAN. ¿Quién

dijera que un edén
tu presencia tornaría
esta mansion tan sombría;
y que cesando mi llanto
con tu poderoso encanto
la vida recobraría?

DOÑA INES. ¿Qué dices, Hernando?

HERNAN.

Nada.

Relinchando mi corcel
me llama; si algun laurel
cifre á mi frente esta espada,
si Zamora conquistada
doy á mi nombre decoro,
si del portugués y el moro
lanza en ristre corro en pos,
como ahora te digo «adios,»
diré entonces, «que te adoro.» (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA INÉS.

¡Hernando! ¡Hernando! ¿Qué ha dicho!
¡oh, cuán rápido se fué!
¿será cierto? ¿me idolatra?
¡su único ensueño, su bien
soy en el mundo? Deliro:
no lo entendí, me engañé.
Un cariño fraternal,
sin amor y sin desdén,
desde que vine á esta casa
siempre en Hernando encontré.
¿Pero él ama? A quien él ame
puede darse el parabien;
que es valiente, caballero,
y muy gallardo doncél;
pero ni yo puedo amarlo
ni él ha pensado una vez

en estrechar nuestro deudo
dándome su mano y fé.
Mal entendi: sus palabras
comprendí muy mal.

ESCENA IV.

DOÑA INÉS y BRIGIDA. (*Con un billete.*)

BRIGIDA. Inés.
DOÑA INÉS. ¿Qué quieres, Brigida?
BRIGIDA. Toma.
Me ha entregado este papel,
encargándome mil veces
que á hurtadillas te lo dé,
y esta bolsa, para mí
se entiende y es claro...
DOÑA INÉS. ¿Quién?
BRIGIDA. Un page muy empolvado,
pero gallardo y cortés.
DOÑA INÉS. ¿Y ese page?
BRIGIDA. ¡Qué preguntas!
Rompe el nema, y con leer
la firma... (*Saca y mete algunas monedas.*)
DOÑA INÉS. (*Mi corazon*
á gritos dice que es él.) (*Lee para si.*)
BRIGIDA. Buenas son, y como pesa. (*Sonando el bolsillo.*)
Bendito seas, amen.
DOÑA INÉS. ¡Ah! (*Acabada la lectura.*)
BRIGIDA. ¿Qué es eso?
DOÑA INÉS. (*Envuelve la carta en el pañuelo.*) Nada, nada.
BRIGIDA. (*Queriendo arrebatarla la carta.*)
¿Cómo nada? Yo veré...
pero me estorba lo negro.
DOÑA INÉS. Brigida.
BRIGIDA. Vamos á ver.
Que una traiga, y lleve, y traiga
haciendo el número tres,
y mas traiga y despues lleve
mil veces si es menester,
teniendo parte en el juego
de damas ó de algedréz,

fácilmente se concibe;
 pero andar una muger
 de mis años y mis tocas
 con los hilos de la red,
 sin alcanzar el tamaño
 ni el color que tiene el pez,
 es deshonrar el oficio:
 y primero gritaré
 diciendo...

- DOÑA INES. Calla, por Dios.
- BRIGIDA. ¿A mí secretos?
- DOÑA INES. No ves
 que si gritas esa bolsa...
- BRIGIDA. La he ganado.
- DOÑA INES. Ya lo sé;
 pero si gritas...
- BRIGIDA. Silencio...
 pasos siento, oigo toser...
 (Perder mis cincuenta doblas...)
 Punto en boca, callaré. (*Guardando la bolsa.*)
- DOÑA INES. Me das la vida.
- BRIGIDA. De vida
 tengas cien años, y cien.
- DOÑA INES. (Y llegará... y sorprendiendo
 á Rodrigo... mi deber
 es avisarle... no, nunca...
 su cariño... la honradez
 con que me sirve de padre...
 y el otro... ¡lucha cruel!)
- BRIGIDA. ¿Qué murmuras?
- DOÑA INES. Nada, dueña.
- BRIGIDA. Cuidado conmigo.
- DOÑA INES. Es
 que medito.
- BRIGIDA. Cuando el diablo,
 y lo mismo la muger,
 medita...
- DOÑA INES. Viene mi tío:
 por Dios la lengua deten.

ESCENA V.

DOÑA INÉS. BRIGIDA. RODRIGO.

RODRIGO. Inés...
DOÑA INÉS. Señor...
RODRIGO. ¡Oh! bien haya
tu angelical hermosura.

DOÑA INÉS. Tanto favor.
RODRIGO. Porque eres
hermosa como ninguna.

DOÑA INÉS. Cuán bueno sois...
BRIGIDA. Mi señor

es, Inés, la bondad suma;
discreto, siempre jovial,
medios de complacer busca;
y cuando jóven, Dios sabe
que en mas de cuatro aventuras
amorosas...

RODRIGO. Calla, dueña,
no traigas á mi confusa
memoria tiempos pasados.

DOÑA INÉS. ¿Os causan enojos?

RODRIGO. Nunca.
Pero así como el mancebo
sus verdes años abulta,
y aumentándoselos cree
ser mas hombre en su locura,
así el viejo cuando cuenta
por cada falta una arruga,
contemplando sus inviernos,
de tanta nieve se asusta.

BRIGIDA. No somos tan viejos...

RODRIGO. Brígida,
si en tus adentros calculas
que sesenta navidades...

BRIGIDA. Cincuenta y nueve...

RODRIGO. Por una
no hemos de reñir, son pocas
sesenta mas acumula.
Y las edades dejando,

- que es discusion importuna,
dime, Inés, ¿se ha despedido
Hernan de ti?
- DOÑA INES. ¿Quién lo duda?
Sabeis, señor, que mi deudo
siente fraternal ternura
por mí...
- RODRIGO. Todos te adoramos
en esta mansion que alumbras
con la luz de tus miradas.
- DOÑA INES. Bajo su rica armadura
hermoso estaba mi primo.
- RODRIGO. Sí, que las flotantes plumas
y bruñido yelmo alzaban
su aventajada estatura.
Padre soy, mucho le quiero,
y en él mi orgullo se funda.
En mi aposento encerrado
sentí una terrible lucha,
como aquel que en su interior
graves desdichas anuncia:
voy á detenerlo, escucho
resonar las herraduras
de su fogoso alazan
sobre losas que retumban:
corro á la ventana; Hernando
con helicosa apostura
al frente de sus cien lanzas
sale al trote y me saluda.
Al verlo tan arrogante
se desvanece mi angustia,
y en vez de llamarle, grito
«valor y buena fortuna.»
Se adelantó el escuadron
de la noche entre la bruma,
y vi la faz de mi Hernando
á un claro rayo de luna.
- DOÑA INES. Mucho lo amais...
- RODRIGO. Es mi hijo...
- DOÑA INES. Teneis razon: ¡oh! ¡cuán pura
es la poderosa llama
que el pecho de un padre inunda!

yo me quedé y él marchó.
 Entro en la ciudad, y veo
 agruparse de repente
 acá y acullá la gente,
 y oigo extraño clamoreo.
 Se acerca Fortun, lo llamo,
 mas como potro al que espuela
 le dan, me dice: «huye, vuela;»
 y echa á correr como un gamo.
 La gente corre azorada,
 cual de un ataque imprevisto...

DOÑA INES. (Rodrigo.)

RODRIGO. ¿Pero qué has visto?

NUÑO. Verdaderamente, nada.

RODRIGO. Y sin la causa saber...

NUÑO. Gritaban y maldecían,
 y cuando todos corrían...

RODRIGO. ¿Qué?

NUÑO. Deberían correr.

BRIGIDA. Pánico terror te aqueja;
 tienes pobre corazón.

NUÑO. Buen principio de sermón
 entona la...

BRIGIDA. ¿Qué?

NUÑO. La vieja.

BRIGIDA. ¡Nuño!

RODRIGO. Calla: su pavor
 el seso le ha trastornado.

DOÑA INES. (Debo decirlo.) Engañado
 quizás no estará.

ESCENA VII.

DOÑA INES. BRIGIDA. RODRIGO. NUÑO. FORTUN.

FORTUN. Señor.

RODRIGO. Fortun.

FORTUN. Contienda y muy brava
 tenemos.

DOÑA INES. ¡Gran Dios!

BRIGIDA. ¡Piedad!

FORTUN. Han entrado en la ciudad

las tropas de Galatrava.
Y en empeñada porfia,
gritando Isabel ó Juana,
por distinta soberana
se combate.

NUÑO. Lo decia.

RODRIGO. ¡Silencio! ¿Nuestro enemigo
terrible hueste presenta?

FORTUN. Quizás la noche la aumenta.

RODRIGO. ¿Quién la manda?

FORTUN. D. Rodrigo
Tellez de Giron.

DOÑA INES. Sí.

RODRIGO. Vamos.

Que blason contra blason
no ha de doblar un Giron:
mi Pulgar. Pronto, salgamos.

(Arranca una espada de uno de los trofeos.)

Y pues la lucha empeñada
está, probaré en la lid
estos pulgares.

FORTUN. Vestid

la cota.

RODRIGO. Buena es la espada.

(Sale acompañado de Nuño y Fortun.)

ESCENA VIII.

DOÑA INES. BRIGIDA.

BRIGIDA. ¡Santa Virgen del Pilar!

¡Ay! yo me acojo á tu abrigo.

DOÑA INES. (¿Qué será de don Rodrigo!

¿Qué de Perez de Pulgar!)

BRIGIDA. ¿No escuchas rumor? Yo siento

ruido de pasos... ¿Serán

ellos? ¡Si estuviera Hernan!...

DOÑA INES. Su partida no lamento.

BRIGIDA. ¿Qué dices?

DOÑA INES. Nada... (¡Dios mio!

Se cruzarán las espadas,
y en sangre serán bañadas

de mi amante ó de mi tío.)

(Abriendo Brigida las maderas y entrando.)

BRIGIDA. ¿Oyes? Desde este balcon
veré... brillan á lo lejos (Desde el balcon.)
las espadas... sus reflejos
alumbran... ¡Qué confusion!
¿No tiemblas, Inés?... No puedo
(En la escena.)
hablar... si no estoy en mí...
¿Tú no tienes?...

DOÑA INES. Dueña, si;
te juro que tengo miedo.
Aquí siento una opresion....

(Se pone la mano sobre el corazon.)

BRIGIDA. ¿Dicen que el de la cruz roja
es bravo como un leon?

DOÑA INES. Dicen bien; es muy valiente.

BRIGIDA. Y, si se dá buena traza,
dueño de toda la plaza
hasta aquí traerá su gente.

DOÑA INES. Si llegara...

BRIGIDA. Y tras sus huellas
llegarán desenfrenados
esos malditos soldados
que hacen dueñas de doncellas.

DOÑA INES. Si llegarán; pero él
con firme diestra...

BRIGIDA. ¿Has oido?
en el jardin hacen ruido
y menos suena el tropel.
¡Y abierto el balcon! Sin tus
ni mus alguno pudiera
entrar... Cierro la madera...
¡Jesus, mil veces, Jesus!

(Se acerca al balcon, y retrocediendo asustada se encierra
en la habitacion de Rodrigo.)

ESCENA IX.

DOÑA INES. El MAESTRE, *que entra por el balcon armado y calada la visera.*

DOÑA INES. ¡Piedad!

MAESTRE. No es un enemigo
quien entra aqui, doña Inés;
y de ello el cielo es testigo.

DOÑA INES. ¿Esa es la voz!...

MAESTRE. De Rodrigo,
que se prosterna á tus pies.
(*Se arrodilla y alza la visera.*)

DOÑA INES. Un año entero pasó
sin que te viera.

MAESTRE. Sí, á fé.
¡Mucho el ánimo sufrió,
y jamás olvidaré!...

DOÑA INES. ¡No has sufrido como yo!

MAESTRE. En mi amante frenesí,
por solo un instante verte,
esta conquista emprendí,
y despojos á la muerte
ha dado mi espada.

DOÑA INES. ¿Sí?

MAESTRE. Por tí, en sangrienta querella,
hermosa, mi espada brilla,
y sangre marca mi huella.

DOÑA INES. Rodrigo.

MAESTRE. Vales, mi bella,
mas que el trono de Castilla.

DOÑA INES. Loco estás.

MAESTRE. Sí, mi locura
es amoroso arrebató
que no paga tu hermosura.

DOÑA INES. ¡Ay! no conoces, ingrato,
lo inmenso de mi ternura.
Y quizás, amado mio,
no alcanzas adonde alcanzo
en amante desvarío.

MAESTRE. Por tí se aumenta mi brio,

- y á la muerte me abalanzo.
 DOÑA INES. ¡A la muerte!
 MAESTRE. La ciudad brota armados defensores, que combaten sin piedad: mas no temo sus furores si me anima tu heldad.
- DOÑA INES. ¿Y los tuyos?
 MAESTRE. El acero esgrimen en retirada.
- DOÑA INES. ¿Solo estás?
 MAESTRE. Tengo una espada, un caballo... un escudero.
- DOÑA INES. ¡Oh, tiemblo!
 MAESTRE. No temas nada.
- DOÑA INES. Vete, Rodrigo...
 MAESTRE. ¿Dejarte?
 DOÑA INES. Sí, no dudes, es preciso.
 MAESTRE. ¡Inés!
 DOÑA INES. ¿Estás indeciso?
 MAESTRE. ¿No piensas que abandonarte es perder un paraíso?
- DOÑA INES. ¿Y si tu gente vencida huye de tu vencedor?
 MAESTRE. Me quedará mi valor.
- DOÑA INES. En poco estimas la vida.
 MAESTRE. Estimo en mucho tu amor.
- DOÑA INES. Tu tranquilidad me aterra.
 MAESTRE. Tranquila es mi condicion.
- DOÑA INES. ¿Por qué esa resolucion?
 MAESTRE. Porque sufre cruda guerra, hermosa, mi corazon. Porque al pisar esta estancia juré á la cruz de mi acero, por la fé de caballero y castellana arrogancia, llevarte, Inés, en mi overo.
- DOÑA INES. ¿Qué dices?
 MAESTRE. Que seguirás á quien te adora rendido; que conmigo partirás.
- DOÑA INES. ¡Jamás!

- MAESTRE. ¿Qué has dicho!
- DOÑA INES. ¡Jamás!
- MAESTRE. Tu amor has dado al olvido.
- DOÑA INES. Te amo, como adora á Dios
el serafín amoroso.
- MAESTRE. Tú no quieres mi reposo.
Huyamos juntos los dos.
- DOÑA INES. No eres, Rodrigo, mi esposo.
- MAESTRE. Yo tu esposo seré ufano,
mirándome en el emporio
de la dicha porque afano.
¿Pero me darán tu mano
Pulgar y don Luis Osorio?
- DOÑA INES. ¿No eres noble!
- MAESTRE. Sí; y entiendo
que de nobleza y laurel
voy doble blason ciñendo;
pero á Juana yo desiendo
y ellos á doña Isabel.
- DOÑA INES. ¿Qué importa? si yo te adoro,
¿cómo podrán impedir
nuestra union?
- MAESTRE. Tan gran tesoro,
ni con ruegos, ni con oro
podré de ellos conseguir.
- DOÑA INES. ¿Y qué hacer!
- MAESTRE. Lejos se escucha
de la batalla el rumor.
¡Ay, no saldré vencedor!
Mi falange apenas lucha:
solo me queda tu amor.
- DOÑA INES. Yo te adoro.
- MAESTRE. Mi corcel,
al viento dando su crin,
á la puerta del jardín
espera: monten en él
la dama y el paladin.
Y verás que en la carrera,
al viento que lo engendró
el noble bruto supera.
No mas vacilar.
- DOÑA INES. Espera,

- Rodrigo. Sígueme.
- MAESTRE. No.
- DOÑA INES. ¿No?
- MAESTRE. ¡Jamás!
- DOÑA INES. Lejos de ti
es la existencia un tormento,
que largos meses sufrí.
- MAESTRE. También lo he sufrido.
- DOÑA INES. Aquí
para no sufrir me siento. (Lo hace.)
- MAESTRE. ¿Y si vienen?
- DOÑA INES. Hallarán
á Giron. ¿Te maravilla?
Soy un rebelde en Castilla.
Al verdugo entregarán
mi cabeza, y su cuchilla...
- MAESTRE. ¡No, no!
- DOÑA INES. Verás cómo corre
mi sangre, noble é hirviente,
en rica y sonora fuente...
Para que el rastro se borre
vierte una lágrima ardiente.
- MAESTRE. No, no, Rodrigo... no quiero.
El fragor de la batalla
cesó... el choque del acero
no percibo... calla, calla...
oigo el paso de un guerrero.
- MAESTRE. Yo tambien.
- DOÑA INES. Y otros mas.
- MAESTRE. Sí.
- DOÑA INES. Huye, por Dios.
- MAESTRE. No lo esperes.
- DOÑA INES. Huye. ¿Qué quieres de mí?
- MAESTRE. Nada.
- DOÑA INES. Por piedad... ¿qué quieres?
- MAESTRE. Dejar vida y honra aquí.
- DOÑA INES. Huye; mas cerca el rumor
escucho.
- MAESTRE. No importa.
- DOÑA INES. Huyamos.
- MAESTRE. ¿Juntos? (Levantándose.)

DOÑA INES. Me turba el dolor. (*Retrocediendo.*)

MAESTRE. Me engañé. (*Sentándose.*)

DOÑA INES. Se acercan ; ¡ vamos !...

(*El Maestre se levanta , y al querer llevarse á doña Inés , esta retrocede.*)

Pero primero es mi honor.

Huye tú.

MAESTRE. Vana porfía.

DOÑA INES. Evita el golpe mortal.

Se acercan.

MAESTRE. Pronta agonía

me prepara este puñal.

(*En ademan de herirse.*)

DOÑA INES. ¡ Oh Dios !

(*Desmayándose y dejando caer su pañuelo.*)

MAESTRE. Se desmayó : es mía.

(*Tomándola en sus brazos y conduciéndola al balcon , en el cual dice los últimos versos.*)

No temas , blanca paloma,

que me fatigue la carga

que exhala tan rico aroma.

Garcés , los brazos alarga,

y este rico joyel toma.

ESCENA X.

RODRIGO se presenta en la puerta del fondo apoyándose en la punta de su espada , y sostenido por Nuño y Fortun.

FORTUN. Señor , con tantas heridas
no puedes mover la planta.

RODRIGO. No importan , Fortun , no importan ;
que aun tiene fuerzas el alma.

Piérdese mi sangre , es cierto ,
pero está la ciudad salva.

NUÑO. Siéntate , señor.

RODRIGO. Acerca
ese sitio. ¡ Cuánta falta (*Sentándose.*)

me hace Hernando : el hijo mio
este trance presagiaba.

NUÑO. ¡ Vive Dios ! que hubiera hecho
Hernan riza en la canalla.

- RODRIGO. Bien está así: el enemigo volvió al cabo las espaldas, sacando, en vez de laureles, vilipendio de esta plaza; y prefiero que mi Hernando por primera vez su lanza enristre contra extranjeros, que oprimir quieren la patria; pues contra propios blandirla, fuera, Nuño, mancillarla.
- FORTUN. Dices bien, señor, no corta con desenfado la espada, cuando ha de embotar sus filos sangre noble y castellana. Vinieran moros ó francos á presentarnos batalla, y estragos ellos verian que no vió el de Calatrava.
- RODRIGO. Me siento mal... ¡Hijo mio! ¡Inés!... Vé, Nuño, á su estancia, que mis dolores aumentan la soledad de esta casa.
- NUÑO. Corro, señor.
(*Entrando en las habitaciones de doña Inés.*)
- RODRIGO. Necesito verla, quizás consolarla: sentirá, porque es un ángel, como suya mi desgracia.
- NUÑO. (*Volviendo á la escena.*) Señor, señor, he corrido alcoba, retrete y cámara, y ni doña Inés ni Brígida en parte alguna se hallan.
- RODRIGO. Solas quedaron, y oyendo el estruendo de las armas, quizás á mi habitacion huyeron amedrentadas.
- NUÑO. (*Empujando la puerta de la izquierda*) Está corrido el cerrojo.
- RODRIGO. Dentro se encontrarán, llama.
- NUÑO. Al instante voy á hacerlo con obras y con palabras.

(*Golpea y grita.*) Brigida, Brigida, sal,
soy Nuño, no temas nada,
que huyendo van como liebres
las tropas de doña Juana.
Brigida.

BRIGIDA. Nuño. (*Desde dentro.*)

NUÑO. No temas.

BRIGIDA. ¿Eres tú?

NUÑO. Yo soy.

BRIGIDA. Aguarda.

ESCENA XI.

RODRIGO, NUÑO, FORTUN, BRIGIDA.

RODRIGO. Brigida.

BRIGIDA. Señor.

RODRIGO. ¿Y Inés?

BRIGIDA. ¿Venís herido?

RODRIGO. No es nada.

¿En dónde está Inés?

BRIGIDA. Señor...

RODRIGO. ¿No me respondes? acaba.

BRIGIDA. Yo no sé.

RODRIGO. ¿Pero...?

BRIGIDA. Quedamos

las dos...

RODRIGO. Sigue.

BRIGIDA. En esta sala,

ruido escuchando á lo lejos

de golpes y cuchilladas.

Soy muy medrosa, señor,

y al escucharlo temblaba,

cuando...

RODRIGO. Prosigue.

BRIGIDA. Un guerrero

entró por esa ventana.

RODRIGO. ¿Y...?

BRIGIDA. Señor, en tu aposento

me encerré desatentada.

RODRIGO. ¿Y en tanto Inés?

BRIGIDA. Quedó sola.

RODRIGO. ¡Dios te confunda!
BRIGIDA. A tus plantas
imploro perdón: el miedo
y mi gran turbación...

RODRIGO. Alza.
¿Qué dirá Don Luis Osorio?
Dirá con razón que guarda
de Inés no debí ser nunca,
si así sabía guardarla.
¿Al guerrero conociste?

BRIGIDA. No.
RODRIGO. ¿Era su estatura?

BRIGIDA. Alta.

RODRIGO. ¿Y su faz?

BRIGIDA. No pude verla.

RODRIGO. ¿En la cimera llevaba plumas?

BRIGIDA. Muchas.

RODRIGO. ¿Su color?

BRIGIDA. No sé si negras ó blancas.

RODRIGO. ¡Miserable! así me quitas
todo asomo de esperanza.

(*Alzando el pañuelo de Doña Inés y desdoblándolo.*)

NIÑO. Señor, señor.

RODRIGO. ¿Qué...?

NIÑO. Tomad

un pañuelo y una carta.
RODRIGO. ¡Este pañuelo es de Inés!
Dame. Quizás veré claras
en las líneas del billete
las sospechas que me matan.

(*Leyendo.*)
«Ausente, Inés, hace un año,
no me animan tus miradas,
y arrastro la triste vida
como insoportable carga.
Hoy defienden nuestros deudos
con tesón distinta causa,
y un insuperable muro,
hermosa Inés, nos separa.
Insuperable..... mentí;
¿qué no supera quién ama?
todo lo arriesgo en un día
para terminar mis ansias.

Hoy llegan mis caballeros
con banderas desplegadas
á Ciudad-Real, y esta noche
escalarán sus murallas.

Por tí venceré, no temas,
que antes de lucir el alba
estará á tus pies = «Rodrigo,
Maestre de Calatrava.»
(Levantándose.) Pronto un caballo, Fortun,
pronto una cota de malla.

FORTUN.

RODRIGO.

¿Por qué te detienes?
Y una espada toledana.
¡Tellez de Giron, espera!
¡Tellez de Giron, repára!
que soy noble, y que tú mismo
has deshonrado mis canas.

(Quiere dar un paso, pero vacila y lo sostienen.)

¡Estas heridas!... Mi sangre
que hierve y no se restaña... (Debilitándose.)

Este corazon brioso
y este cuerpo que desmaya.

(Cayendo en el mismo sitio.)

No puedo: mi mano tiembla;
sobre mis pupilas pasa
una nube... ¡Y deshonrado!
¡Hernan, tu padre te llama,
que el honor de tu familia
está pidiendo venganza!

FIN DEL AGTO PRIMERO.

Acto segundo.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA y NUÑO.

NUÑO. Triste estás.
BRÍGIDA. Cómo ha cambiado
todo en esta casa, Nuño,
y en vez de dulce alegría
reinan amargos disgustos.
NUÑO. Tienes razon: bien hablaba
mi padre, viejo machucho
y buen cristiano, diciendo
que todo cambia en el mundo.
Hace un mes que mi señor
estaba sano y robusto,
como la grana encarnado
y derecho como un junco.
Ahora pálido, abatido,
encorbado, taciturno,
con suspiros se alimenta;
y perdiendo el vital jugo
¡ay Brígida! paso á paso
se va llegando al sepulcro.
BRÍGIDA. Está muy débil.
NUÑO. Ha dicho

ese médico, ese brujo
que le asiste, porque médicos
y diablos todos son unos;
que si pronto la dolencia
no cambia su fatal rumbo,
sus deudos y sus criados
vestirán en breve luto.

BRIGIDA. Pobre señor, le vi ayer
en llanto, los ojos turbios,
al acordarse de Hernan.

NIÑO. Es Hernando su hijo único
y lejos de él, se entenece
hallándose moribundo.
Pero lo que mas aflige
á mi señor, lo que á punto
de llorar llanto de sangre
le pone, es el grave insulto
que recibió en la persona
de...

BRIGIDA. No sigas, ya presumo
de quién hablarás, y siento
desarreglarse mi pulso.
Ella, tan niña, tan cándida
al parecer, darme un susto
semejante; la edad verde
que propensa es á disturbios,
y como la verde leña,
antes de arder echa humo.
Solo debieran amar
hombres de seso, machuchos:
como tú.

NIÑO. ¿Si?

BRIGIDA. Y á mugeres
granadas.

NIÑO. Como tú.

BRIGIDA. Justo.

Y si no responde: Inés
con poco mas de tres lustros,
se enamora de un cualquiera
que la viene con dibujos,
y arma la de Dios es Cristo
por fugarse con un tuno.

- Yo, que cuento algunos años
mas, con madurez discuro,
y antes de recompensar
un amor tan casto y puro
como el que tú me profesas,
con calma y recelo escucho
tus amorosas palabras
y tus discretos discursos.
- NUÑO. Brigida.
- BRIGIDA. Muger al fin,
contra mi corazon lucho,
pero ni promuevo guerras,
ni trastornos, ni me fugo.
- NUÑO. ¡Ay Brigida! tengo celos.
- BRIGIDA. ¿Celos, de quién?
- NUÑO. Del difunto.
- BRIGIDA. ¿Estás loco?
- NUÑO. El tocara
esas manos, ó esos puños
antes que yo con sus labios.
El...
- BRIGIDA. Me enojas.
- NUÑO. ¿Cuánto sufro!
Ver entre tú y yo su sombra,
su esqueleto, y hasta el túmulo.
¿Por qué no te conocí
antes de venir al mundo!
- BRIGIDA. No llores.
- NUÑO. Y luego esquivas
estás con el mas estúpido
de tus amantes.
- BRIGIDA. Porque
mi cariño disimulo.
- NUÑO. ¿Me amarás siempre?
- BRIGIDA. Sí, siempre.
- NUÑO. ¿Y me amarás tambien mucho?
- BRIGIDA. Como...

ESCENA II.

BRIGIDA. NUÑO. RODRIGO *apoyándose en el brazo de FORTUN sale de su estancia y se dirige con paso trémulo á un sillón de nogal tallado.—Brigida y Nuño lo rodean.*

- FORTUN. En el lecho mejor
estabais. Ya se apresura
el pulso, la calentura
crece y os poneis peor.
- RODRIGO. Puede ser: pero en mi afán
mi dolorosa fatiga
algun tanto se mitiga
mudando de sitio, ¡Hernan!
- NUÑO. ¿Qué teneis señor?
- RODRIGO. No sé:
con negro manto de duelo
descubro el que hermoso cielo
en otro tiempo admiré,
en vano buscando voy
un destello de alegría...
- BRIGIDA. Señor, hermoso está el dia.
- RODRIGO. Solo y abatido estoy.
- BRIGIDA. Es verdad, y Doña Inés...
- RODRIGO. Calla, dueña.
- BRIGIDA. Tanto agravio...
- RODRIGO. Su nombre quema mi labio
si lo pronuncio; y despues
no tener fuerza bastante
para castigar el dolo
de Giron, y hallarme solo,
y mi paso vacilante
no afirmar pasando el brazo
por el brazo de mi hijo...
- FORTUN. Señor...
- RODRIGO. En vano me aflijo:
no tardará mucho el plazo
de mi muerte, y mis enojos
pronto término tendrán.
¡Oh! quiera el cielo que Hernan
cierre mis cansados ojos!

- FORTUN. Permíteme, mi Señor,
y no me pidas demora,
que al punto marche á Zamora
y avise á Hernan...
- NUÑO. Servidor,
sino valiente, leal
soy: si me permites que vaya
en su busca, hasta la raya
llegaré de Portugal.
- BRIGIDA. Y es justa su peticion:
enfermo estás, abatido.
- RODRIGO. Dejadlo allí, no ha cumplido
su primera obligacion.
- FORTUN. Estás tan doliente...
- RODRIGO. Sí:
pero del honor la ley
manda, que á patria y á rey
sirva primero que á mí.
Y está ley, la cumpliré
como yo, sin deferencia;
pues será el honor la herencia
que su padre le dará.
Podré morir suspirando
por él, sin faltarme brio
para morir.

ESCENA III.

BRIGIDA. NUÑO. RODRIGO, FORTUN y HERNAN, armado,
con la visera levantada y cubierta de polvo.

- HERNAN. ¡Padre mio! (*Arrodillándose.*)
- RODRIGO. Ven á mis brazos, Hernando. (*Se abrazan.*)
¡Ay! Déjame... (*Cayendo sobre el sitial.*)
- HERNAN. ¿Ese clamor?
¿Esa téz descolorida?
- BRIGIDA. Tiene una profunda herida.
- HERNAN. ¿Una herida?
- RODRIGO. Con honor
la recibí peleando,
y de caballero á ley
por la patria y por el rey,

- HERNAN. por Isabel y Fernando.
 ¿En dónde tu herida está?
 RODRIGO. Varias son.
 HERNAN. Al cielo pida
 favor quien te hirió: una vida
 por cada herida dará.
 RODRIGO. ¡Hijo!
 HERNAN. Escúchame, y el cielo
 séame testigo; esta espada,
 fué por un rey regalada
 en Antequera á mi abuelo.
 A ella y á la santa cruz,
 que mi segundo ascendiente
 bañó en la sangre caliente
 de mas de un moro andalúz:
 á la sombra de mi madre
 de dulcísima memoria,
 que desde un trono de gloria
 me contempla: al tierno padre
 que desde niño adoré:
 al que tantos mundos mueve,
 juro del traidor alevé...
 RODRIGO. Detente, detente.
 HERNAN. ¿Qué
 puede impedir?...
 RODRIGO. Mi mandato.
 HERNAN. Fortun, mi caballo y lanza:
 yo quiero tomar venganza
 quiero arrancar...
 RODRIGO. Insensato,
 sobre tí mi maldicion
 caerá si desobediente...
 HERNAN. ¡Detente, padre, detente!...
 RODRIGO. Te maltrato sin razon;
 siempre sumiso te ví
 aun en la mas tierna edad:
 ¿cumplirás mi voluntad?
 HERNAN. ¡Padre!
 RODRIGO. ¿La cumplirás, di?
 HERNAN. ¡Padre!
 RODRIGO. Escúchame: he lidiado
 para cumplir mi destino

contra el moro granadino
 como cristiano y soldado;
 para legarte laureles
 aun sin haberlos ceñido
 con gusto hubiera perdido
 la vida á manos de infieles.
 Mas quiso mi mala estrella,
 y es la desdicha que lloro,
 saliera salvo del moro
 y herido en civil querella.
 La diestra que te ofendió
 sea noble ó villana y fuerte,
 no impedirá que la muerte
 cunda por sus venas...

HERNAN.

RODRIGO.

No.
 No usaré de padre el mando:
 te lo ruega un moribundo
 que al despedirse del mundo
 á un hijo suplica, Hernando.

HERNAN.

¡Padre!

RODRIGO.

¿Es verdad que perdonas
 á quién me hirió?

HERNAN.

Padre, si;
 pero...

RODRIGO.

¿Es verdad que por mí
 toda venganza abandonas?

HERNAN.

¿Lo quieres, padre?

RODRIGO.

Lo quiero.

HERNAN.

Perdono, padre, por vos.

RODRIGO.

Por tu patria y por tu Dios
 blande tan solo el acero.

HERNAN.

¡Y por mi honor!

RODRIGO.

¿Es verdad!
 y ahora...

HERNAN.

¿Qué?

RODRIGO.

(Su cruda saña
 temo); cuenta tu campaña.

HERNAN.

A tí solo.

RODRIGO.

(A los criados.) Despejad.

BRIGIDA.

Señor, si algunos momentos...

RODRIGO.

Vete.

BRIGIDA.

La puerta me cierra.

FORTUN. Y á mi que muero por guerra.
 NUÑO. Y á mi que peño por cuentos. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

RODRIGO y HERNAN.

RODRIGO. ¿Cómo el rey te recibió?
 HERNAN. Como á su alteza cumplia,
 con agrado y cortésia
 y por tí me preguntó.
 RODRIGO. En mucho estima su alteza,
 pues sabe cuanto ha valido,
 el honor de mi apellido.
 HERNAN. Mucho encomió tu nobleza.
 Despues, sin tomar reposo
 ni vacilar una hora,
 marchamos sobre Zamora
 en escuadron numeroso.
 Allí ví, señor, y aun es
 el recordarlo mancilla,
 sobre torres de Castilla
 el pabellon portugués.
 Y juré sobre mi acero
 en daño de Doña Juana,
 no recibir soberana
 de manos de un extranjero.
 El rey asentó prudente
 sobre la ciudad sus reales,
 poniendo á los mas leales
 do era el peligro inminente.
 Pedí á su alteza, señor,
 mirando el marcial apresto,
 del mayor peligro el puesto
 para ganar mas honor.
 Y con marcial ardimiento
 ó juvenil vanidad,
 ví de un lado la ciudad
 y del otro el campamento.
 RODRIGO. Eres mi sangre.
 HERNAN. Pasamos
 ante los muros un mes,

y ataques del portugués
mas de una vez rechazamos.

Bajo la cota latia
de orgullo mi corazon
cuando tronaba el cañon
y el atambor se batia.

Llega el ataque por fin:
al relinchar los bridones
y los armoniosos sonos
oir del hélico clarin:

al ver alguno, que osado,
cual si del riesgo seguro
estuviera, llega al muro
y ataca determinado:

al ver los fosos cubiertos
de los que miran esquivos
la muerte, y trepar los vivos
sobre trincheras de muertos,
corro: de mi corcéel salto;
el rey un punto señala
de ataque; cojo una escala
y voy con ella al asalto.

Sigueme noble cortejo
que merma airado cañon,
me acuerdo de mi blason
y ni una pulgada cejo.

La sangre á mi lado corre,
mas su vista no me espanta,
y fijo por fin la planta
en una almenada torre.

Me abre paso mi cuchilla
y con voz atronadora
grito el primero, «¡Zamora
por Isabel de Castilla!»

RODRIGO.

HERNAN.

¿Si?...
Sensaciones estrañas
dentro del alma sentí.

RODRIGO.

HERNAN.

¡La gloria!

RODRIGO.

HERNAN.

¿La gloria!

Pulgar el de las hazañas.
Todos, señor, combatimos

con igual fé por lo menos
 portándonos como buenos
 y como buenos vencimos.
 Declarada la victoria
 el rey me llamó; acudí,
 y guardaba para mí
 una parte de su gloria:
 pues me dijo, señalando
 por donde salté las vallas:
 «Tu abuelo empujó murallas
 y tú las pisas, Hernando.»
 «Por recompensa primera
 te dá esta espada mi anhelo
 como se la dió á tu abuelo
 Don Fernando el de Antequera.»
 Y sin á su bondad tasa
 poner, la espada me dió
 y en el acto me nombró
 continuo de su Real casa.

RODRIGO. Tu diestra, Hernan, ¿la violencia
 (Tomando la mano de Hernan y poniéndola sobre su pecho.)

de un corazon inflamado
 percibes? ha prolongado
 tu relato mi existencia.
 De la juventud la llama
 me anima cuando te escucho;
 tienes, hijo mio, en mucho
 de tu apellido la fama.

HERNAN. Señor, no lidié atrevido,
 y sin presentar disculpa
 quiero confesar mi culpa,
 por encumbrar mi apellido:
 pues corriendo á la victoria
 quise comprar el tesoro
 de la hermosura que adoro,
 dándola en pago mi gloria.

RODRIGO. ¿Amas, Hernan?

HERNAN. Hace un año
 con ardiente frenesí.

RODRIGO. ¿Y por qué has guardado, di,
 un silencio tan estraño?

HERNAN. Porque al pedirte, señor,

su bella mano, queria
merecer la dicha mia
en pago de mi valor.

RODRIGO. ¿Yo he de dártela?

HERNAN. A tus pies,
como noble y castellano,
te pido, señor, la mano...

RODRIGO. ¿De quién, Hernando?

HERNAN. De Inés.

RODRIGO. ¿De tu prima?

HERNAN. Padre mio,
es la dicha que ambiciono:
sea mi esposa, y hasta un trono
sabrà elevarla mi brio.

RODRIGO. ¿Qué dices!

HERNAN. Señor, sé bien
que aspiro á grande ventura...
¿tan soberana hermosa
quién puede merecer, quién?
Pero el amor que me inflama
es tan voráz, tan intenso,
tan divino, tan inmenso,
tan grande y pura su llama...

RODRIGO. ¿Calla, Hernando!

HERNAN. ¿Desechais
mi voto por atrevido?

RODRIGO. ¿Lo que humildemente os pido,
padre y señor me negais!

HERNAN. No, pero...

RODRIGO. Padre, ¿tal vez
la que adoro, recompensa
alguna pasión inmensa?

HERNAN. Responde.

RODRIGO. La brillantéz
de tu mirada me aterra.

HERNAN. Habla, señor...

RODRIGO. Un momento
retírate á tu aposento:

y cuando el traje de guerra
hayas dejado, mi Hernando
volverás...

HERNAN. ¿Por qué el delirio

prolongas de mi martirio?
 RODRIGO. Despues...
 HERNAN. Padre mio...
 RODRIGO. (*Va á salir Hernan.*) Lo mando.
 Perdona; inflexible soy,
 pero tu dicha apetezco,
 y cuando...
 HERNAN. Padre obedezco.
 RODRIGO. Pero...
 HERNAN. No sigas, me voy. (*Vase.*)

ESCENA V.

RODRIGO.

Hernando, Hernando, hijo mio,
 en mal hora tanto amor,
 para amargar mi agonía
 abriga tu corazon.
 Amante, jóven, bizarro,
 rico en honra y en valor,
 me pides la recompensa
 que tu espada conquistó;
 y en vez de abrirte los brazos
 con paternal efusion;
 en lugar de darte albricias
 con el gesto y con la voz,
 una penetrante espada
 clavaré en tu pecho... No. (*Pausa.*)
 ¿Y cómo callar? ¿No grita
 con ronco acento el honor;
 el honor, alma del hombre
 como de los mundos Dios! (*Pausa.*)
 Turbado estoy: ante el ara
 quizás Tellez de Giron
 palabra y mano de esposo
 á Doña Ines entregó.
 No sepa Hernan... ¡Insensato!
 ¿Cómo ocultarle el horror
 de un desengaño que muerte
 llevará á su corazon? (*Pausa.*)
 (*Abatido.*) ¡Infeliz! de cielo y tierra
 suplicaba al hacedor,

que antes de morir, un día,
 viera al hijo que me dió;
 y al volvérmelo me hiere
 con mas agudo dolor.
 Siempre el hombre en su camino
 marcha de un fantasma en pos,
 porque de la providencia.
 ocultos los juicios son.

ESCENA VI.

RODRIGO, DoÑA INÉS *de luto y cubierto el rostro con un velo se adelanta pausadamente.*

RODRIGO. *(Oyendo pasos y despues viéndola.)*
 ¿Brígida? Pero ¿quién es
 la misteriosa enlutada
 que penetra en mi posada?

(Doña Inés se alza el velo.)

¡Qué miro!... ¡Cielos! ¡Inés!

(Levantándose y apoyándose en el sitio.)

DoÑA INÉS. Yo soy esa desgraciada.

RODRIGO. ¡Inés, Inés!... Por favor
 huye...

DoÑA INÉS. Escúchame, señor.

RODRIGO. ¿Esa mortal palidéz?

DoÑA INÉS. Es el sello que el dolor
 ha puesto sobre mi téz.

RODRIGO. Sí; y el dolor inclemente
 puso su terrible mano
 desgarradora y ardiente;
 en mas de una noble frente:
 contempla la de este anciano.

DoÑA INÉS. Marchita está, padre mio,

pese á mi dulce esperanza.

¿Para blandir una lanza,
 no tendrá tu diestra brio!

RODRIGO. ¿Qué quieres, Inés?...

DoÑA INÉS. *(Con voz sorda.)* ¡Venganza!

RODRIGO. ¿Venganza, la que en un día
 manchó mi blason, cruel,
 con bastarda alevosía?

- DOÑA INES. Vengo á que volvais por él,
que es vuestra sangre la mia.
- RODRIGO. No tiene mi sangre pura
la que por un amor ciego
eterna afrenta procura,
y á impulso de su locura...
- DOÑA INES. (*Con dignidad.*) Escucha, y júzgame luego.
(*Rodrigo se sienta.*) Amé, como al hacedor
los ángeles amarán,
á un hombre altivo y galan,
que la inquietud de mi amor
pagó con amante afán.
Confieso que fui la esclava,
señor, de vuestro enemigo;
mas su amor no me infamaba
que era mi amante Rodrigo,
Maestre de Calatrava.
Un año entero pasó
sin que le viera, y á fé
que si por mí no penó
jamás olvidaré yo
cuanto en un año pené.
- RODRIGO. Prosigue.
- DOÑA INES. Pasado el año
llegó una noche...
- RODRIGO. ¡Fatal!
- DOÑA INES. En la que rompió marcial
don Rodrigo por mi daño
los muros de Ciudad-Real.
- RODRIGO. En doblado pergamino
y antes de atacar...
- DOÑA INES. Su intento
por un paje me previno.
- RODRIGO. Y callaste. (*Con tono de reconvençion.*)
- DOÑA INES. Mi destino
lo condujo á este aposento. (*Con amargura.*)
Que marchára le pedia
con el mas humilde ruego;
y á mi ruego respondia,
que de aquí no marcharia
sin llevarme...
- RODRIGO. ¡Ines!

- DOÑA INES. Y luego,
 en ese sitio sentado
 dijo con ánimo fuerte,
 «estoy de sufrir cansado,
 «aquí esperaré la muerte
 «para morir á tu lado.»
- RODRIGO. ¿Y cediste? (*Con ansiedad.*)
- DOÑA INES. No cedi,
 y horrible lucha sufría
 cuando pasos percibí.
- RODRIGO. ¿Y en tu angustia?...
- DOÑA INES. Defendí,
 como quien soy la honra mía.
 Nuevos pasos agitada
 escuché: para mi mal
 Giron, con la faz airada
 desenvainó su puñal...
 muger soy... caí desmayada...
- RODRIGO. ¿Y despues?...
- DOÑA INES. Cuando volví
 de mi penoso letargo,
 en campo abierto me vi
 y, aunque turbada, á lo largo
 un castillo descubrí.
 La luz de hermoso lucero
 se destacaba en la bruma,
 y en brazos de un caballero
 me hallé, sobre fuerte overo
 bañado de blanca espuma.
 ¿En dónde estoy? «esclamé,
 «entre los brazos de un hombre
 «que te dá su mano y fé;»
 respondió. Ya sabeis...
- RODRIGO. Sé,
 sin que lo digas, su nombre.
 ¿Y entonces?
- DOÑA INES. Padre, escuchad.
 Le rogué en mi angustia fiera,
 invocando su lealtad,
 que á mis deudos me volviera,
 trayéndome á la ciudad.
 Por respuesta, estampó ardiente

sus labios sobre mi frente.

RODRIGO. ¡Inés!

DOÑA INES. Despues, un rastrillo
se levantó, cayó un puente,
y entramos en el castillo...

RODRIGO. Y allí la deshoura. (*Levantándose.*)

DOÑA INES. No...

la copa de la amargura
allí mi labio apuró;
pero mi frente quedó
mas que el sol radiante y pura.

RODRIGO. Gracias.

DOÑA INES. Olvidó Rodrigo

lo que á mi nombre debia,
ví en mi amante un enemigo;
pero el ciclo es buen testigo
de que salvé la honra mia.

Valor, constancia y enojos
opuse á pérfidos tiros,
y entre punzantes abrojos
nunca llanto vió en mis ojos,
nunca en mis labios suspiros.

Para vencer, batallar
debí en peligro notorio,
y supe al mundo probar,
que las mugeres de Osorio
son los hombres del Pulgar.

RODRIGO. ¡Inés! (*Con alegría.*)

DOÑA INES. Cambióse al momento

mi amor en ódio violento,
en concentrado furor:
y de mi pecho el aliento,
era un fuego destructor.

Nieve echando sobre el alma
de tal modo me conduje
para conseguir la palma
que con cautela y con calma,
á un jóven paje seduje.

Dos caballos preparó;
ató su escala á una almena,
por ella el paje bajó,
y rompiendo mis cadenas

- al punto le seguí yo.
 Llego á tus pies ultrajada.
 ¿ He dado de valor muestra?
 ¿ Merezco bien ser vengada?
 RODRIGO. (*Con brio.*) Ya no me tiembla la diestra;
 ya puedo blandir la espada.
 ¡ Perezca el mal caballero!
 A tomar venganza corro,
 y allí acero contra acero...
 (*Se dirige á tomar una espada, pero á los primeros pasos vacila y cae desmayado, sosteniéndole doña Inés.*)
 ¡ Ay!... perdona, Inés... Yo muero.
 INÉS. ¡ Señor!... ¡ Socorro, socorro!

ESCENA VII.

RODRIGO, DOÑA INÉS, BRIGIDA, NUÑO y FORTUN presurosos.

- NUÑO. ¿ Qué sucede? anda, anda lista.
 BRIGIDA. ¿ Una dama aquí?
 (*Reconociendo á doña Inés.*) ¿ Qué miro?
 DOÑA INÉS. Acude.
 BRIGIDA. ¿ Es ella ó deliro?
 (*Los criados se detienen.*)
 DOÑA INÉS. Qué, ¿ te amedrento ó te admiro?
 BRIGIDA. Cómo estás. ¡ Dios nos asista!
 DOÑA INÉS. Acercaos.
 FORTUN. ¿ Y mi señor... (*Acercándose.*)
 Desmayado de esta suerte...!
 DOÑA INÉS. Socorredlo por favor.
 BRIGIDA. Tú le habrás dado la muerte.
 DOÑA INÉS. ¡ Ay! no aumentes mi dolor!
 Agua.
 NUÑO. Áquila tienes. (*Trayendo un vaso.*) Bien.
 DOÑA INÉS. Báñale el rostro con ella.
 BRIGIDA. (*Echando agua en la frente del anciano.*)
 Fortun, al señor sosten.
 Maldita, maldita estrella.
 Señor.
 RODRIGO. (*Volviendo en sí.*)
 ¿ Quién me llama? ¿ quién?

¿Qué ha pasado en donde estoy?
Tuve un sueño, y de repente
sentí un gran peso en la frente,
¡Inés! ¿Es Inés? (*Reparando en ella.*)

DOÑA INES. Yo soy.

RODRIGO. No soñé...

DOÑA INES. Señor...

RODRIGO. Detente.

Ni una palabra olvidé:
aun resuenan en mi oído
como lúgubre tañido.

No temas: recobraré
cuanto mi casa ha perdido.

DOÑA INES. Señor...

RODRIGO. Muy debil me siento.

Déjame pensar... Si, falta
á mi corazon aliento,
hay quien empresa mas alta
acabe. Hasta mi aposento (*A Nuño y Fortun.*)
llevadme.

DOÑA INES. ¿Cuánto te aflijo!

¿Cuándo pagaré yo, cuándo
lo que por mí estás pensando?

RODRIGO. (*A apoyándose en los brazos de Nuño y Fortun.*)

Nada temas, tengo un hijo
y nos vengará mi Hernando.

ESCENA VIII.

DOÑA INES y BRIGIDA.

BRIGIDA. Inés: no llores Inés.

DOÑA INES. ¡Oh! déjame por piedad.

BRIGIDA. Lloro, y tu rostro despues
pálido y triste.

DOÑA INES. No ves,
que ha perdido su heldad.

BRIGIDA. ¡Pobre Inés! ¿á tu quebranto
no encuentras un punto calma?

DOÑA INES. Es mi sufrimiento tanto,
que debieran con mi llauto,

- pedazos salir del alma.
- BRIGIDA. El corazon affligido,
pasado tiempo, quizas,
dé sus penas al olvido.
- DOÑA INES. Dueña; la paz que he perdido
no se recobra jamás.
- BRIGIDA. ; Qué fatal billete!
- DOÑA INES. Calla.
Déjame; sola estar quiero;
todo me atormenta...
- BRIGIDA. Pero...
- DOÑA INES. Vete: en tan cruda batalla
la soledad considero
como un gran bien.
- BRIGIDA. Considera
qué si á tu lado no estoy
puede volver.
- DOÑA INES. ¿ De quien soy
te has olvidado?
- BRIGIDA. No; espera...
- DOÑA INES. Déjame, dueña.
- BRIGIDA. Me voy.

ESCENA IX.

DOÑA INES.

; Qué afán! ; qué inquietud! ; qué duda!
aborrecer y sufrir;
dentro del alma sentir
rencor y una pena aguda...
; Qué dulce fuera morir!
¿ Qué ambicionado? ¿ Qué deseo?
¿Cuál es mi dulce esperanza?
¿Qué cambio feliz preveo?
Tan solo un fantasma veo
que grita siempre «venganza.» (Pausa.)
Grita el fantasma inclemente,
«criminal te juzga el mundo
» aun cuando estás inocente,»
y un torbellino iracundo

siento bramar en mi frente.
 Su grito en el alma choca
 del tormento con el brio
 que salta de roca en roca...
 ¡ Es para volverse loca
 tanta confusion , Dios mio! (*Pausa.*)

ESCENA X.

DOÑA INES y HERNANDO *desarmado.*

- HERNAN. ; Inés! (*Con júbilo.*)
 DOÑA INES. ; Ay!... Hernan... ¿tú aqui? (*Turbada.*)
 HERNAN. ; Esa turbacion! ¿Qué tienes?
 Tus ojos sin luz , tus labios
 marchitos , mística tu frente ,
 y horrible palpitation
 que alza tu seno de nieve...
 ¿Qué te aflije? ¿Por qué dudas?
 habla , Inés ¿qué te detiene?
 habla por Dios.
- DOÑA INES. Te creía
 en la castellana hueste.
- HERNAN. Llegué á Zamora , anhelaba
 ceñir guerreros laureles ;
 porque es la gloria á mi pecho
 lo que á la vida el ambiente,
 y al grito de la victoria
 ornadas sentí mis sienas.
 Ebrio de gozo he llegado
 al hospitalario albergue
 de mis mayores , asilo
 de honor sin mancha.
- DOÑA INES. Detente.
- HERNAN. ; Doña Inés!
- DOÑA INES. Prosigue , Hernando.
- HERNAN. ¿ Esa interrupcion?
- DOÑA INES. No pienses
 que causa alguna he tenido ,
 Hernan , para detenerte.
 Prosigue.

HERNAN. No, algun misterio,
que entre mil sombras se pierde,
y que adivinar es fuerza,
encierran estas paredes.

DOÑA INES. Nada...

HERNAN. Tu de triste luto
vestida, en vano pretendes
ocultar de tus dolores
el cáncer que sangre vierte.

DOÑA INES. Pero...

HERNAN. ¿Dudas? Imposible
es que este misterio quede
envuelto en sombras...

DOÑA INES. ¡Si vieras
su horror!

HERNAN. Preciso es que dejes
de callarlo: y si es de sangre
la verteré de tal suerte,
que como lluvia de otoño
los áridos campos riegue.
Habla, no dudes; cual lava
la sangre en mis venas hierva,
y es mil veces esta vida
mas terrible que la muerte.
Habla por Dios. A mi pecho
acerca tu mano. ¿Sientes
de un corazon inflamado
los desiguales vaivenes?
Rómpelo, Inés, y en su fondo
para comprenderlo, lee
«una pasion...

DOÑA INES. ¡Ay!

ESCENA XI.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO *aparece en el umbral de su aposento sostenido por Fortun, pero apoyándose en el dintel, y despues de haber dicho el primer verso hace á Fortun que retroceda y cierra la puerta.*

RODRIGO. Inés,
ahí está Hernan, que te vengue.

- DOÑA INES. ¡ Ah! HERRAN.
- HERNAN. ¿ Vengarla? (*Aterrado.*) DOÑA INES.
- DOÑA INES. Sí. HERNAN.
- RODRIGO. Hijo mio. DOÑA INES.
- HERNAN. ¿ Vengar á Inés? RODRIGO.
- RODRIGO. Su esperanza
es una horrible venganza. HERNAN.
- HERNAN. ¡ Sí!
- RODRIGO. Reune todo tu brio
para el dardo penetrante
que te clavaré. HERNAN.
- HERNAN. ¡ Señor!
- RODRIGO. ¿ No te faltará valor?
- HERNAN. Sereno está mi semblante. (*Violentándose.*) RODRIGO.
- RODRIGO. Toma este billete. (*Entregándoselo.*) DOÑA INES.
- DOÑA INES. ¡ Oh!
- ¿ sabeis? (*A Rodrigo.*) RODRIGO.
- RODRIGO. Todo, Inés. HERNAN.
- HERNAN. (*Guardando el billete.*)
Señala
una entrevista.
- RODRIGO. Esa escala
(*Señalando una enrollada al pie de un trofeo.*)
dice que Tellez cumplió.
- HERNAN. ¿ Hasta aquí llegó?
- DOÑA INES. Hasta aquí.
- HERNAN. ¿ Tú lo adorabas?
- DOÑA INES. Si á fe.
- HERNAN. ¿ Pero al fin?
- DOÑA INES. Me desmayé...
- RODRIGO. La robó.
- HERNAN. ¿ Te robó?
- DOÑA INES. Sí.
- HERNAN. ¿ Y?
- DOÑA INES. Me condujo á un castillo.
- HERNAN. ¿ En él?
- DOÑA INES. Súplica y violencia
usó.
- RODRIGO. Mas su resistencia
dió á nuestro honor nuevo brillo.
- HERNAN. ¿ Mucho te retuvo?
- DOÑA INES. Un mes.

HERNAN. ¿Qué quieres, Inés?
 DOÑA INES. Venganza.
 HERNAN. Fortun. (*Abriendo la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO y FORTUN.

FORTUN. Señor.
 HERNAN. Una lanza,
 un caballo y un arnés. (*Vase Fortun.*)

ESCENA XIII.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO.

HERNAN. Satisfaré tus enojos (*A Inés.*)
 como á los dos cumple.

RODRIGO. Espero
 que si muy en breve muero,
 cerrarás mis tristes ojos.

HERNAN. ¡Tan pronto morir!

RODRIGO. Quizás
 mañana...

DOÑA INES. ¿Y Hernan ausente!
 Detente, por Dios, detente.

RODRIGO. Parte. ¿Cuándo volverás?

HERNAN. De Calatrava el pendon
 próximo está, y si la suerte...

RODRIGO. ¿Vendrás antes de mi muerte?

HERNAN. Vendré.

ESCENA XIV.

DOÑA INES. HERNAN. RODRIGO y FORTUN.

FORTUN. Te espera el bridon.

DOÑA INES. Detente.

RODRIGO. Parte.

HERNAN. A partir voy:
 (*Poniéndose la mano sobre el pecho.*)
 el volcan que aquí encierro
 puede castillos de hierro

á pavesas reducir. HERNAN.
 DOÑA INES. Hernan... DOÑA INES.
 RODRIGO. Hijo mio. RODRIGO.
 HERNAN. Vengado
 quedará nuestro honor.
 RODRIGO. Sí ;
 que honrado y noble nació.
 HERNAN. Morirás noble y honrado. HERNAN.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES sale por la puerta de la derecha y BRIGIDA por la de la izquierda.

DOÑA INES. ¿Cómo está?

BRIGIDA. Un tanto mejor.

DOÑA INES. ¡Oh Dios! ¡cuánto mal le he hecho!

BRIGIDA. Y, aunque con trabajo, el lecho ha dejado.

DOÑA INES. (*Astigida.*) ¡Qué valor!

BRIGIDA. No llores.

DOÑA INES. Para llorar

tantos y tales enojos,
debieran tener mis ojos
de lúgubre llanto un mar.

BRIGIDA. No emprendes mala tarea
desde que amanece, Inés.

¿Con tanto llorar no ves,
que al cabo te pondrás fea?

Es tu congoja inaudita.

DOÑA INES. ¡Belleza de perdicion!

BRIGIDA. Cualquiera fea un millon
diera por ser tan bonita.

DOÑA INES. Yo mi hermosura la diera,

- dueña, si tengo hermosura,
 porque conmigo partiera
 un día no mas de amargura.
- BRIGIDA. Es verdad, todo revuelto
 está: no sé lo que pasa.
- DOÑA INES. Ay Brígida.
- BRIGIDA. En esta casa
 anda, Ines, el diablo suelto.
- DOÑA INES. ¡Cuánta razon tienes! Sí,
 Pulgar lejos de su hijo
 está por mí que le allijo.
 ¡Ay! ¡Cuánto sufre por mí!
 Y yo en continua pelea
 rechazo atróz pensamiento,
 y vuelve la misma idea
 para mi eterno tormento.
 Tú no puedes comprender
 cuanto esa idea de muerte
 me asesina, y es mi suerte
 tras esa idea correr.
- BRIGIDA. Calla por Dios.
- DOÑA INES. Ahora Hernan,
 blandiendo la dura lanza,
 sobre fogoso alazán
 sediento vá de venganza.
 Y quién sabe si ahora, dueña,
 al bote de su enemigo,
 tinto en su sangre Rodrigo
 del caballo se despeña.
- BRIGIDA. Traspásale el corazon
 Hernando en cruda batalla;
 y en la sangre de Giron...
- DOÑA INES. Por piedad, Brígida, calla.
- BRIGIDA. Bien lo mereces ¡cruel!
 ¿Por qué atrevido atropella
 el honor de una doncella!
- DOÑA INES. Estoy temblando por él.
- BRIGIDA. ¿Le amas, quizás?
- DOÑA INES. Me es odioso
 hasta recordar su nombre;
 y es preciso que ese hombre
 me dé su mano de esposo.

- BRIGIDA. ¡Casarte!
- DOÑA INES. Casarme.
- BRIGIDA. ¡Ines!
- ¿No estás inocente y pura?
- DOÑA INES. Hay un mundo que murmura,
y de aquí he faltado un mes.
- BRIGIDA. No lo niego, es la verdad;
pero tú con tu inocencia...
- DOÑA INES. En el mundo la apariencia
pasa como realidad...
Mucho tarda Hernan... un frio
mortal siento.
- BRIGIDA. Ya partió
un page en su busca.
- DOÑA INES. ¡Oh!
- ¿Y si lo hirió ya?... ¡Dios mio!
¡Si ese enfermo, suspirando,
abatido, casi yerto,
grita en su estertor, «Hernando,»
y alguno responde «ha muerto!»
- BRIGIDA. Aquí llega Nuño.

ESCENA II.

DOÑA INES. BRIGIDA y NUÑO.

- DOÑA INES. Díme
cuanto sepas, Nuño.
- NUÑO. (Gozoso.) Albricias.
- BRIGIDA. ¿Tenemos buenas noticias?
¿Se sabe de Hernando?
- NUÑO. Sí.
- DOÑA INES. Cuenta.
- NUÑO. Sobre su corcél,
de crin negra y color bayo,
le vi llegar como un rayo,
y Fortun viene con él.
- DOÑA INES. ¿Y de su labio la historia,
quizás sangrienta, has oído?
- NUÑO. Es claro que habrá vencido
y que volverá con gloria.
- DOÑA INES. ¿Y vencer, Nuño, será

en trance tan duro y fuerte
haber dado cruda muerte
á Rodrigo?

NUÑO. Claro está.

DOÑA INES. ¡Oh! mil veces en mal hora
le encomendé.

ESCENA III.

DOÑA INES, BRIGIDA, NUÑO y HERNAN armado, que rápidamente se dirige á la habitacion de su padre.

BRIGIDA. ¡Hernando!

DOÑA INES. (*Cerrándole el paso.*) Espera.

HERNAN. Es mi obligacion primera
(*Separándola dulcemente.*)
ver á mi padre, señora.

ESCENA IV.

DOÑA INES, BRIGIDA, y NUÑO.

NUÑO. Buen hijo.

BRIGIDA. Buen hijo.

DOÑA INES. Sí;

ama á un padre tan benigno,
que es de su cariño digno,
y no se acuerda de mí.
No advierte que no sosiega
una muger ofendida,
ni que mi honor y mi vida
dependen de él.

NUÑO. Fortun llega.

ESCENA V.

DOÑA INES, BRIGIDA, NUÑO y FORTUN.

BRIGIDA. Fortun, el cielo te envía:
¡qué feliz casualidad!
Todo lo que ha sucedido
C por B nos contarás.

- DOÑA INES. Sí, Fortun.
- BRIGIDA. Asuntos cuenta de tamaña gravedad.
- FORTUN. Prometo hacer relacion, aunque breve, puntual.
- DOÑA INES. Partisteis de aquí.
- FORTUN. Partimos, no dando á la espuela paz, pues nunca toma reposo quien tras su venganza vá; y siempre al escape, ráudos como violento huracan: las tiendas vimos de lejos que Giron asienta audáz, para acorrer con sus gentes á Alfonso de Portugal.
- DOÑA INES. ¿Y despues?
- FORTUN. Siempre al escape conseguimos penetrar en el propio campamento.
- BRIGIDA. ¡Jesus, qué temeridad!
- DOÑA INES. ¿Y despues?
- FORTUN. Hasta la tienda llegamos del capitán, y...
- DOÑA INES. ¿Se presentó el maestro?
- FORTUN. No fué nuestra suerte tal.
- DOÑA INES. ¿No estaba?
- FORTUN. No; pero entonces resolvimos esperar su vuelta. Pasaban horas con alta celeridad, aunque lentas parecian á la paciencia de Hernán, cuando...
- DOÑA INES. ¿Llegó Don Rodrigo?
- FORTUN. No, señora, llegó Alvar y dijo que «de ese anciano *(Señalando la puerta de la izquierda.)* creciendo la enfermedad, no se encontraba distante del momento de espirar.»

Un rugido lanzó Hernando
á oír nueva tan fatal,
y sacando un pergamino
que escrito llevaba ya,
en la tienda del Maestro
lo clavó con su puñal.

BRIGIDA. ¡Qué arrojó!

NUÑO. Calla.

DOÑA INES. ¿Decía
el pergamino?

FORTUN. Aun están
ante mis ojos brillando
sus letras. Decía «Por mal
caballero, fementido,
de poco honor y lealtad
á Don Rodrigo Giron
«reta Hernando del Pulgar.»

NUÑO. Bien.

FORTUN. Con asombro miraron
los caballeros del real
el cartel, pero al momento
espadas vimos brillar,
y cien guerreros cercándonos
dieron de guerra señal.
Hernando sus enemigos
contó con serena faz,
enristró la aguda lanza
con imperioso ademan;
y gritándonos, «Seguidme,»
como rompe el vendabal
las nieblas, ó herrada quilla
corta la espuma del mar,
rompió el muro de guerreros
con esfuerzo tan cabal,
que sobre acerada alfombra
corrimos.

DOÑA INES. ¿Sin encontrar
á Don Rodrigo?

FORTUN. El maestre
en salvo, señora, está.
No lo encontramos.

DOÑA INES. Dios mío,

- gracias te doy... mi ansiedad
se calma... Sigueme, dueña.
- BRIGIDA. ¿Y si Fortun algo mas
tiene que decir?
- FORTUN. Mi historia
acabé, dueña. Marchar
puedes sin temor.
- DOÑA INES. ¿Qué dudas?
- BRIGIDA. Ya te sigo. (¿Qué querrá?)

ESCENA VI.

NUÑO y FORTUN.

- NUÑO. Cosas están sucediendo,
Fortun, que congoja dan,
y que yo apenas comprendo.
- FORTUN. Ay Nuño, un grave desman
en esta casa estoy viendo.
- NUÑO. Ese maldito Giron
en duelo tal nos sepulta
y en tamaña confusion.
- FORTUN. Qué ódio tan mortal oculta
Hernando en su corazon.
- NUÑO. Para acabar la querella
tiene Don Rodrigo un medio.
- FORTUN. ¿Cuál?
- NUÑO. Doña Inés es muy bella,
y á todo pone remedio
en casándose con ella.
- FORTUN. Los pecheros encontramos
medios de dar al olvido
que no admiten nuestros amos.
- NUÑO. Me parece que ganamos
dando á Doña Ines marido.
Pues á noble y á pechera,
por aviesa ó por honrada
y cada cual en su esfera,
si es muchacha casadera
le conviene ser casada.
Pero...
- FORTUN. (Viendo á Hernan.) Calla.

ESCENA VII.

Niño, Fortun y Hernán.

HERNÁN. (*Sin reparar en los escuderos.*) Con rigor
 me persigue cruda suerte,
 que emponzoña mi dolor.
 ¿En dónde hallaré valor
 contra el agravio y la muerte?
 ¡Ay! ¡cómo airados los cielos
 para que no goze calma
 me dan amargos desvelos:
 dentro del corazón, celos;
 vergüenza, dentro del alma. (*Pausa.*)
 Ines, mis sueños de oro
 me atormentan la memoria
 como un perdido tesoro.
 Yo codiciaba la gloria
 para decirte «te adoro.»
 Enamorado doncé
 un laurel apetecí
 y dí á mi frente un laurel;
 pero apenas lo ceñí,
 cuando no sé qué hacer de él.
 ¿Seré su esposo? ¡Jamás!
 entre los dos se levanta
 un espectro, que me espanta
 que me aniquila, quizás;
 tanta es mi amargura, tanta.
 De mi angustia en el escés
 caigo en abismo profundo,
 bajo insoportable peso.
 Entre los dos suena un beso:
 entre los dos está el mundo.
 En mis recias sacudidas
 con ásperas rocas choco,
 nave sin temor perdida:
 y no me vuelvo, Inés, loco
 porque es mas triste esta vida.
 (*Se pasea en silencio.*)

- NUÑO. Pobre mancebo.
 FORTUN. Su pena,
 quiere en vano dominar,
 pues la razón le enajena:
 es muy amargo el pesar
 que su existencia envenena.
 A hablarle llevo.
- NUÑO. ¿ El temor
 de enojarlo no te aterra ?
 FORTUN. No, Nuño; que su rigor
 solo es temible en la guerra.
 ¿ No te desarmas, señor ?
 (*Acercándose á Hernan.*)
 HERNAN. ¿ Qué dices, Fortun ? (*Distraido.*)
 FORTUN. Pesado
 mas de lo regular es,
 y harto tiempo lo has llevado,
 tu rico y bruñido arnés.
 ¿ Estarás muy fatigado ?
 HERNAN. No.
 FORTUN. El arnés debes guardar
 para defenderte bien
 en trances de pelear.
 NUÑO. ¿ A quién buscáis aquí ? (*Viendo al Maestro.*)
 HERNAN. ¿ Quién ?

ESCENA VIII.

NUÑO. FORTUN. HERNAN y EL MAESTRE completamente armado y con la visera calada.

- MAESTRE. (*Fijo en el dintel.*)
 A Hernan Perez del Pulgar.
 HERNAN. Aquí, hidalgo, lo teneis.
 MAESTRE. ¿ Sois vos ? (*Adelantándose.*)
 HERNAN. Hernan Perez soy.
 ¿ Mi rostro no conocéis ?
 MAESTRE. No.
 HERNAN. Pues, hidalgo, sabreis
 que á serviros pronto estoy.
 MAESTRE. Tengo que hablaros.
 HERNAN. Hablad.

MAESTRE. Dispensadme, pero advierto,
y mi escusa perdonad,
que nos escuchan.

HERNAN. Es cierto.
(Señalando la puerta de la izquierda.)
Escuderos, despejad.

ESCENA IX.

El MAESTRE Y HERNAN que cierra todas las puertas.

HERNAN. Solos estamos.

MAESTRE. Levanto
la visera.

HERNAN. Vive Dios
que no os conozco.

MAESTRE. Con vos
me ha sucedido otro tanto.
¿Conoceis este cartel?
(Sacándolo de la escarcela y entregándolo á Hernan.)

HERNAN. Sí. ¿Esta carta conocéis?
(Sacándola de la escarcela y entregándola al Maestre.)

MAESTRE. Sí.

HERNAN. Pues probado teneis
cuanto veis escrito en él.
Y esa carta, don Rodrigo,
que la sangre teñirá,
cual nuevo cartel os da
un implacable enemigo.

MAESTRE. Hernando, ¿ignoráis quizás
que á quien lleva esta cruz roja,
si imprudente se le enoja
hay que matarlo?

HERNAN. Sé mas.

MAESTRE. ¿Sabeis que por largos años
nunca se vió escarnecido
mi blason, ni mi apellido,
ni de propios ni de estraños?

HERNAN. Mas sé.

MAESTRE. ¿Sabeis que fijar
un cartel infamatorio
contra mí, Pulgar y Osorio,

- es la vida no estimar!
- HERNAN. Sé mas.
- MAESTRE. ¿Qué sabeis por Dios!
- HERNAN. Sé que alguno en propio agravio mueve demasiado el labio.
- MAESTRE. ¿De mí lo decís?
- HERNAN. De vos.
- Pues vive Dios que al oír vuestro apellido creyera, que Giron aquí viniera á matarme ó á morir.
- MAESTRE. Pensásteis bien.
- HERNAN. Ya perdemos el tiempo.
- MAESTRE. Los dos estamos armados, la luz partamos y al combate comencemos.
- (*Va á tirar de la espada.*)
- HERNAN. Esperad.
- MAESTRE. ¿Vuestros enojos se aminoran de tal suerte!
- HERNAN. ¿No veis un rayo de muerte brillar, Giron, en mis ojos! Os digo, «esperad,» porque para mas pronto matarnos nos conviene desarmarnos.
- ¿Me entendeis ahora?
- MAESTRE. Sí á fe.
- HERNAN. Este es mi yelmo. (*Quitándoselo.*)
- MAESTRE. Este el mio.
- (*Quitándoselo.*)
- HERNAN. Dispensad. ¿Os dareis traza á quitarme la coraza?
- MAESTRE. (*Ayudándole á desarmar.*) Que no lo haré mal confío.
- HERNAN. Bien está. (*Quedando desarmado.*)
- MAESTRE. Si no os molesto me hareis el mismo favor.
- HERNAN. Es una deuda de honor. (*Ayudándole.*)
- MAESTRE. Esta hebilla.
- HERNAN. Ya está. (*Queda desarmado el Maestro.*)
- MAESTRE. Presto

acabamos la tarea.
 HERNAN. A vuestro gusto la luz
 partid.
 MAESTRE. Los hierros en cruz.
 HERNAN. Juez Dios, y testigo sea.
 (*Al ir á cruzar las espadas dan golpes en la puerta del fondo.*)
 MAESTRE. Golpes dan.
 HERNAN. Teneis razon.
 MAESTRE. ¿Y el combate?
 HERNAN. Tendrá fin;
 bajaremos al jardin.
 MAESTRE. ¿Hay otra puerta?
 HERNAN. El balcon.
 MAESTRE. ¿Por él?
 HERNAN. Llegaste á esta sala
 para mi honor mancillar.
 MAESTRE. ¿Y de qué modo bajar?
 HERNAN. Giron, conservo esta escala.
 (*Entregándole la que está pendiente de un trofeo.*)
 Sirviose de ella un raptor
 para imprimir torpe huella
 en mi honor; servirá ella
 para que lave mi honor.
 MAESTRE. ¡Hernan!
 HERNAN. Bajad al momento.
 Al pie del muro estareis,
 pues si matarme quereis
 yo por mataros aliento.

ESCENA X.

HERNAN y DOÑA INES.

DOÑA INES. Hernan.
 HERNAN. Inés.
 DOÑA INES. Te buscaba
 y al fin encontrarte logro.
 HERNAN. ¿Me has buscado?
 DOÑA INES. En tu aposento
 entré para hablarte solo,
 y tanto has tardado...

HERNAN.

Sí.

Junto al lecho mortuario,
 porque morir apetece
 sin rendir el frágil tronco,
 se encuentra un anciano, aliva
 el alma aunque mustio el rostro
 y yo, Inés, aquí he venido
 á cerrar sus tristes ojos;
 pues en otro caso...

DOÑA INES.

Hernan.

HERNAN.

No me juzgues perezoso
 en vengar tu honor. Descansa,
 que de tu deudo me honro
 y le vengaré. (*Queriendo salir.*)

DOÑA INES.

Detente.

Sí con mi vista te enojo,
 no temas unos instantes
 sufrirla, serán muy pocos.

HERNAN.

Tú.

DOÑA INES.

Escucha: vine á buscar
 bajo este techo patronos
 contra un hombre que cubria
 mi altiva frente de opprobio.
 Hallé un anciano, y al punto
 como mancebo brioso
 corrió á las armas, sin ver
 que era impotente su arrojo.
 Despues, como si brotaran
 mis vengadores en torno,
 apareciste: montando
 soberbio y gallardo potro
 marchasteis; y aun distinguia
 la nubecilla de polvo,
 que en pos dejabas, corriendo
 ó desesperado ó loco,
 cuando sentí sobre el alma
 pesada losa de plomo,
 y mil sangrientas imágenes
 contemplé, muda de asombro,
 vi acercarse dos guerreros
 en caballos poderosos,
 medirse con arrogancia,

y con los semblantes torbos
 cambiar ásperas razones
 aunque con corteses modos.
 Despues de partir el campo
 volvió el uno sobre el otro
 la lanza en ristre, cubiertos
 con los escudos redondos,
 y al recio choque temblaron
 las rocas de los contornos.

HERNAN.

¿Y despues?

DOÑA INES.

Sangrienta nube
 me ocultó cuadro tan hórrido,
 y al disiparse, vi el campo
 rico en sangrientos despojos.

HERNAN.

¿Estabas vengada?

DOÑA INES.

Sí.

HERNAN.

Adios.

DOÑA INES.

Hernan, no tan pronto
 me dejes...

HERNAN.

¿Qué quieres?

DOÑA INES.

Quiero
 y aun te lo pido de hinojos, (*Arrodillándose.*)
 que en vez de clavar tu espada
 en sus entrañas...

HERNAN.

¿Qué oigo!

DOÑA INES.

Que no has de matarlo.

HERNAN.

¿Inés!

¿No tienes sangre de Osorio!

DOÑA INES.

Oyeme.

HERNAN.

Para qué oírte.

¿Amas á Giron!

DOÑA INES.

Le odio.

HERNAN.

¿Lo aborreces?

DOÑA INES.

Lo aborrezco,
 y al mismo tiempo conozco
 que la mancha de mi honor
 con su sangre no la borro.

HERNAN.

¿Qué quieres?

DOÑA INES.

Que Giron sea...

HERNAN.

¿Qué ha de ser? habla.

DOÑA INES.

Mi esposo.

HERNAN.

¿Jamás!

- DOÑA INES. Es preciso.
- HERNAN. Nunca.
- Calla, Inés. De polo á polo
hasta encontrarlo corriera
para teñir hasta el pomo
mi espada; para heber
tanta sangre sorbo á sorbo,
que en sus calientes espumas
se queden mis labios rojos.
- DOÑA INES. ¿Y mi honor?
- HERNAN. ¿Tu honor?... Perdona.
- DOÑA INES. Con el alma te perdono.
Pero harás...?
- HERNAN. Déjame, Inés.
- Se calma el mar proceloso
á la voz de Dios, y quedan
las borrascas en su fondo.
- DOÑA INES. ¿Lo harás?
- HERNAN. Adios.
- DOÑA INES. ¿Me prometes...?
- HERNAN. Déjame, déjame: corro
con una duda en el alma
y en el corazon un tósigo.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS.

Me adora Hernan, ¡cielos! sí;
bien me lo prueba su furia:
un recuerdo y una injuria
es ya el amor para mí.
Una voz interna aquí
(Poniendo la mano sobre el corazon.)
para mas dolor escucho,
y desesperada lucho
sin un momento de calma:
no sé qué quiere mi alma,
pero sé que peno mucho (Abatida.)

ESCENA XII.

DOÑA INES. RODRIGO apoyándose en los brazos de FORTUN
y NUÑO.

DOÑA INES. Señor.

RODRIGO. Afligida estás.

DOÑA INES. Mi pena es harto cruel
para que llanto de hiel
derrame.

RODRIGO. Le enjugarás.

(Rodrigo se sienta, y Nuño y Fortun se colocan á alguna
distancia.)

DOÑA INES. Temo cada instante mas
verte...

RODRIGO. Consuélate.

DOÑA INES. ¡Oh!

RODRIGO. Del justo castigo no
puede tardar mucho el dia:
tú lo verás, hija mia,
¿pero podré verlo yo?

DOÑA INES. Señor...

RODRIGO. ¿Has visto á mi Hernando? (Con inquietud.)

DOÑA INES. Hace, señor, un momento
que en este mismo aposento
estuvimos conversando.

RODRIGO. ¿Solo le encontraste?

DOÑA INES. Cuando
en este aposento entré
solo, señor, le encontré.

RODRIGO. ¿Solo?

DOÑA INES. Solo por mi vida.

RODRIGO. ¿Estás, Inés, convencida
de que Hernan solo?

DOÑA INES. Sí, á fé.

RODRIGO. Se ocultó.

DOÑA INES. ¿Quién?

RODRIGO. Un guerrero,
marcial, atrevido, franco,
que armado de punta en blanco
aquí penetró altanero.

DOÑA INÉS. ¿Llegó hasta aquí un caballero? (Con ansiedad.)

RODRIGO. Llegó hasta aquí.

DOÑA INÉS. ¿Quién le vió?

NUÑO. Yo.

DOÑA INES. Tú, ¿Nuño?

- FORTUN. Y tambien yo.
- DOÑA INES. ¿Por quién preguntó, qué dijo?
- NUÑO. Por Hernan.
- DOÑA INES. ¿Sí?
- RODRIGO. Y á mi hijo
secreta audiencia pidió.
- NUÑO. Hernan con faz sosegada
nos hizo marchar de aquí,
corrió los cerrojos...
- DOÑA INES. Sí,
hallé esa puerta cerrada.
(Señalando la del fondo.)
- RODRIGO. ¿Y al entrar qué viste?
- DOÑA INES. Nada;
aunque noté con afan
que sin armadura Hernan
se encontraba.
- RODRIGO. ¿Estás segura?
- DOÑA INES. Sí.
- FORTUN. Y aqui está su armadura. (Reparando en ella.)
Yelmo y plumas aqui están.
- DOÑA INES. Y...
- RODRIGO. Dios le proteja. ¡Dios
aumente su marcial brio!
En singular desafio
deben hallarse los dos.
- DOÑA INES. Pero el otro ¿sabeis vos
quién pueda ser?
- RODRIGO. Inés, creo...
- NUÑO. Aqui otra armadura veo.
(Reparando en la del Maestro.)
- RODRIGO. Tráela.
- NUÑO. ¿Quereis que os la muestre? (Presentándosela.)
- DOÑA INES. ¡La armadura del Maestro!
- RODRIGO. Ya se cumplió su deseo.
Dios le proteja.
- DOÑA INES. Corred, (A Nuño y Fortun.)
registrad toda la casa,
y decidnos lo que pasa.
Pronto, pronto: por merced
no vacileis mas.
- RODRIGO. Tened. (A Nuño y Fortun.)
Si aqui palenque ha buscado
Giron, lo tendrá cerrado;

y aunque implacable enemigo,
 en mí hallará don Rodrigo
 la buena fé de un soldado.
 Quietos, dé la Providencia
 al mas honrado el trofeo.

DOÑA INES. Señor, estoy como un reo

RODRIGO. Refrena, Inés, la impaciencia,
 espera.

DOÑA INES. La duda abate
 á este corazon que late
 de dolor y de ansiedad.

ESCENA XIII.

DOÑA INÉS. RODRIGO. NUÑO. FORTUN. BRIGIDA.

BRIGIDA. ¡Válgame la Trinidad
 y que furioso combate!

RODRIGO. ¿Qué has visto?

DOÑA INES. Cuenta.

NUÑO.

Di.

BRIGIDA.

Al fin

no puedo hablar.

RODRIGO.

¡Por el cielo

habla, Brigida.

BRIGIDA.

¡Qué duelo

han tenido en el jardín!

RODRIGO.

¿Y el resultado?

DOÑA INES.

¡Di, di!

¿Ha muerto Hernan ó Rodrigo?

BRIGIDA.

¿Eran ellos? Por Dios digo
 que á ninguno conocí.

DOÑA INES.

¡Pero...!

RODRIGO.

Di.

BRIGIDA.

Rayos de fuego

despedian sus espadas.

¡Que mandobles! ¡Qué estocadas!

¡Qué sordo rumor! y luego...

DOÑA INES.

¿Y luego?

BRIGIDA.

Vi á uno, doblar

la rodilla, desarmado.

RODRIGO.

¿Y?

BRIGIDA.

Al otro el acero airado
 sobre su pecho apoyar.

DOÑA INES.

RODRIGO.

¿Y entonces...?

BRIGIDA. Para no ver
la sangre, muda de horror
dejé aquel sitio, Señor,
y vine á todo correr.

RODRIGO. Llevadme al jardín, llevadme. (*Levantándose.*)

DOÑA INES. Corramos, si Hernan murió...

RODRIGO. Moriré á su lado yo. (*Dando algunos pasos.*)
¿No me entendéis? ayudadme
Nuño, Fortun. Yo lo mando.

FORTUN. Estais tan debil. (*Sosteniéndolo.*)

RODRIGO. No importa
¿será mi vida mas corta
por ver un minuto á...

DOÑA INES. Hernando.
(*Doña Inés se dirige á la puerta, y al entrar Hernan da un grito y queda petrificada.*)

ESCENA XIV.

DOÑA INES. RODRIGO. NUÑO. FORTUN. BRIGIDA y HERNAN.

RODRIGO. ¡Hernan, venciste!

HERNAN. A tus pies, (*Con tristeza.*)
padre, y no rogaré en vano,
á nombre ageno, la mano
te pido de doña Inés.

DOÑA INES. ¡Ay!

RODRIGO. ¿Qué dices!

HERNAN. Generoso
sois: la decision os dejo.
(*A doña Inés con amargura.*)
Seguí, prima, tu consejo,
y será Giron tu esposo.

DOÑA INES. Hernando. (*A Hernan.*)

HERNAN. (Tienes razon; (*A doña Inés.*)
dando ofensas al olvido
queda limpio un apellido;
poco importa un corazon.)
Entrad, Giron. (*Acercándose á la puerta.*)

ESCENA XV.

DOÑA INES. RODRIGO. NUÑO. FORTUN. BRIGIDA. HERNAN.
EL MAESTRE.

RODRIGO. (*Con reconcentrado furor.*) ¡Don Rodrigo!

MAESTRE. Que olvides su vergonzosa
accion y le des esposa
te suplica un enemigo.
No me la niegues, señor,

- y vencereis doblemente
tú por noble y por clemente,
y Hernando por su valor.
No vaciles.
- HERNAN.
RODRIGO. Hijo mio,
tú...
- HERNAN. Que lo ruega ya ves.
RODRIGO. (*Haciendo un esfuerzo.*)
Maestre, la dicha de Inés
á vuestra lealtad confio.
- MAESTRE. Recibid el juramento
de un caballero cristiano.
- DOÑA INES. Toma, Rodrigo, mi mano;
(*El Maestre la recibe.*)
Mañana marcho á un convento.
(*Retirando la mano.*)
- MAESTRE. No; mi crimen lavaré.
- DOÑA INES. Una mano conquistada
con la punta de una espada,
no ofrece, Rodrigo, fé.
Un abismo entre los dos
media; á prolongarlo voy,
seré vuestra esposa hoy,
mañana esposa de Dios.
- RODRIGO. Alza tu frente abatida. (*A Hernan.*)
- HERNAN. Nada me queda.
- RODRIGO. Hernan, si.
¿No soy nada para tí,
yo á quien prolongas la vida?
Poco viviré.
- HERNAN. Señor.
- RODRIGO. Pero débil y postrado,
no olvidaré que has ganado
de un moribundo el honor.
- HERNAN. Y entonces tendré en la tierra
de un buen padre la memoria;
un sueño hermoso, la gloria;
un ancho campo, la guerra.
En sangre infiel empapar
procuraré mi cuchilla,
siendo digno de Castilla
Hernan Perez del Pulgar.

FIN DEL DRAMA.

MANUEL RODRIGUEZ, EDITOR

—
CANDELAS

Y

LOS BANDIDOS DE MADRID

NOVELA ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA DEL CANTO

—
CUADERNO 9.º — Ocho entregas

PRECIO: DOS REALES

ADMINISTRACION

PLAZUELA DEL BIOMBO, NÚM. 2

MADRID.—1877

(Véase la cuarta plan)

Un de Granada